Año II — Segunda quincena de Agosto de 1925 — Num. 35

RENOVACION

Publicación quincenal de ideas

DIRECCION POSTAL: CASILLA DE CORREO — AVELLANEDA: (R. A.) — CORRESPONDENCIA, GIROS Y VALORES a M. MARI — NUMERO SUELTO 10 CTS.

Concepto de la Revolución

La claricidad de un termino

I

No podemos menos que sentirnos fastidiados cuando oímos a un partidario del régimen imperante hacer antojadizas y torcidas disquisiciones acerca del concepto de la revolución. No sabemos a qué más — si a risa a indignación — nos mueve ese burgués satisfecho y rechoncho, metido a despotricar sobre un asunto de tanta trascendencia.

De igual manera, no podemos dejar de lamentar, cuando en vez de un partidario interesado de este régimen, es un pobre obrero ignorante el que se atreve a dar su opinión sobre tan importante problema.

Pero, con todo, sin embargo, no nos fastidia ni lamentamos tanto el burgués o el ignorante metidos a sociólogos, como que haya personas que se dicen culturas de ideas progresistas y superiores, y que, sin embargo, revelan un criterio pobrísimo del concepto revolucionario que debe dar carácter a un movimiento verdaderamente transformador.

"El objeto primordial de los evolucionistas concienzudos y enérgicos, debe ser conocer a fondo la sociedad que quieren reformar con su pensamiento; en segundo lugar, **deben procurar darse cuenta exacta de su ideal revolucionario.** Y este estudio debe ser tanto más escrupuloso, cuanto más amplio es para el porvenir el ideal que se defiende; porque todos, amigos y enemigos, saben que no se trata de pequeñas revoluciones parciales, sino de una revolución general que transforme el conjunto de la sociedad en todas sus manifestaciones".

Esto dice Eliseo Reclus, y nos parece que no le faltaban razones a nuestro estimado e inteligente precursor, para expresarse de tal manera. Porque, en efecto, cuando se aspira a modificar o transformar una cosa, es indispensable que se haga un exámen crítico de la misma. Es menester que aquello que queremos transformar sea estudiado y analizado en todas sus partes, y recién cuando aquello haya cedido a los embates de nuestra crítica, será llegado el momento de producir el hecho transformador.

Solo así podremos decir que tal hecho es hijo de una conciencia formada al calor de una reflexión racional, y no el producto de un estado de ánimo más o menos arrebatado, que tanto podría llevarnos a una conclusión buena como mala, según el rumbo que el azar le diera.

Por otra parte, a la par que esto, es igualmente indispensable que todo aquel que aliente propósitos o ideas renovadoras y se disponga a hacer la crítica de la cuestión que desea modificar, procure, como dice Reclus, "darse cuenta exacta de su ideal revolucionario"; vale decir, formarse un concepto claro de los fines que persigue, demostrarse a sí mismo la posibilidad de la empresa que se propone realizar, y sobre todo, precisar de una forma consciente, cual ha de ser la manera en que ha de quedar la cuestión que se dispone a renovar, después de consumado el hecho revolucionario de la transformación. Y esto es tanto más indispensable, cuando, como en nuestro caso, las ideas renovadoras deben conformarse a una ética de justicia que no desmienta su esencia racionalmente libertaria, y a un fin completamente opuesto a todo principio de autoridad.

A un partido fascista en Italia, a una junta militar en España o en Chile, a un caudillo en Paraguay, México o Brasil, puede costarles poco llamarse revolucionarios y hasta realizar con eficacia una revolución. Tampoco cuesta mucho al partido bolcheviqui agitar la bandera insurreccional y hasta llegar, como en Rusia, a la efectividad de una revolución. Tales elementos no tienen otro fin que el de llegar a predominar en el gobierno de un pueblo, y cuando se trata de imponer predominios de esta naturaleza, basta y sobra con preocuparse en conseguir la fuerza capaz de desalojar "a los que estaban". El concepto revolucionario queda así reducido a una simple cuestión de fuerza.

Pero no ocurre lo mismo cuando ese concepto debe ser ajustado a la integridad de una doctrina que tiene como fin primordial la abolición de todo predominio de fuerza y el establecimiento de una sociedad asentada sobre principios de verdadera justicia. Entonces el concepto de la revolución no se circunscribe ya a un simple cambio de mandatarios. Ya no se reduce siquiera a una simple modificación en la vida política, económica o moral de un pueblo. Los fines de verdadera justicia no podrían ser cumplidos dentro de semejante estrechez. Para realizarlos, es necesario transformar completamente los valores que forman el compuesto de la sociedad; y para ello, se comprende que el concepto de la revolución debe tener un horizonte mucho más amplio que el que puede tener en la mentalidad de cualquier arribista sedicente revolucionario.

Hemos llegado a una época en que no resulta difícil encontrar un "revolucionario" a cada vuelta de esquina. Aquí está, precisamente, la elasticidad de un término que como no exige contribución material, se presta para que el primer inescrupuloso haga de él el uso que mejor convenga sus intereses bastardos.

Aquí es un político "impaciente por llegar", allá un caudillo despechado, más allá un "líder" del obrerismo reformista, acullá un generalote deseoso de imponer la autoridad de su investidura; todos ellos nos hablan de revolución, pero, caso curioso, dicho sea de paso, todos ellos también son contrarios a la verdadera revolución...!

Sin embargo, como hemos dicho anteriormente, no es esto lo que más nos disgusta. Lo que nos resulta chocante en sumo grado; lo que no podemos tolerar de manera alguna, es cierto concepto revolucionario que se estila en nuestro propio campo y que, a nuestra manera de ver, sólo sirve para desprestigiar un movimiento de ideas que, por la índole del mismo, está en la obligación de ser claro y amplio en la interpretación de tan magno problema.

Mal que nos pese, debemos confesar que estamos cansados de oir las cosas extrañas que dicen algunos camaradas al definir, según ellos, los problemas de la revolución. Estamos cansados de ver asumir actitudes prosopopéyicas y hartos de observar ciertas cosas que pretenden pasar por revolucionarias. No somos de aquellos que creen que la revolución debe caer del cielo, pero tampoco creemos que élla deba surgir necesariamente del fondo de las catacumbas.

No creemos que la interpretación anárquica de la revolución esté contenida en la iracundia de gestos que, en la mayoría de los casos, no son otra cosa que manifestaciones de un estado de ánimo, cuando no el fruto de morbosidades del espíritu que nos llevan muchas veces a ciertos ensayos irreflexivos y fuera de sentido.

Verdad es que el movimiento anarquista está enriquecido con ciertos hechos ante los cuales podemos inclinarnos sin peligro de que nuestras ideas se desmerezcan; pero, para uno o dos gestos de esta naturaleza, se cuentas por docenas los que no pasan de ridículas piruetas ensayadas en la cuerda de un revolucionarismo original. Y eso no puede ser el concepto de una idea que se propone realizar una transformación tan fundamental en la sociedad.

Los anarquistas pueden y deben encontrar solución razonable y justiciera, a todos los problemas que se les presenten. Por eso es que se atreven a criticar el régimen de iniquidad que padecemos; por eso es que se proponen llevar a efecto una transformación que abarque la triple faz política, económica y moral de la sociedad; y por eso, también, es que su concepto de la revolución debe ser amplio y nítido, mayormente cuando ese cambio de valores debe realizarse con miras a un mundo de verdadera justicia. Que es, precisamente, lo que no debe olvidarse; luchamos contra la antítesis de la justicia, contra toda manifestación de fuerza inconsciente, sea ella el producto de la irreflexión o de un estado morboso del individuo.

—•O•—

EL DIOS ORO

Toda la preocupación de la mayoría de los hombres está radicada en la obtención de un fin: el dinero.

He ahí al dios impersonal que hace prosternar ante él a la humanidad.

El hombre desaparece ante este nuevo Jehová nacido del vientre de Mercurio; los pueblos son dirigidos por él, implasiblemente, como si estuvieran destinados al holocausto en tributo a esa misma inflexibilidad: su fulgor eclipsó el de todas las diademas de la tierra.

A los ejércitos conquistadores, que humillaban pueblos para extender el poder dinástico de un bárbaro entronizado, sucedió el imperio del oro, cuyo despotismo superó al de las más poderosas dinastías. Las personas de los directores de pueblos que pasearon con la testa diademada ante multitudes sumisas, fueron erigidas en gobernantes de parcelas de terreno por ese emperador omnímodo que no reconoce fronteras, ni razas.

De la pluralidad de los imperios, se pasó al imperio único, al imperio del oro; nadie pudo contener su advenimiento; nadie previó las perspectivas trágicas de su reinado; se arrastró silenciosa como un reptil, y luego, voló sobre los pueblos para devorarlos.

El oro hizo de la idealidad una mercancía y se cobijó presuroso bajo sus alas extendidas hacia el infinito para guarecer a los que renunciaron a ser hombres para convertirse en buitres.

La prensa, cuya misión es orientar los pueblos, yace de rodillas ante el cetro de este emperador omnímodo, el oro, esperando de sus labios la palabra cobarde que ha de sembrar la disgresión entre los hombres.

La ley, que es el crimen sancionado, desde su solio augusto, es el arma que lo preserva de la ira de sus víctimas; todas las sanciones en nombre de la ley llevan encarnada la venalidad de los jueces que se inclinan reverentes ante la audacia que señala la cabeza del rebelde que han de decapitar sus sicarios.

Las leyes son el martirologio de los pueblos; la cadena de todas las servidumbres que sólo benefician a los cortesanos del poder y a los privilegiados del dinero; son las manos siniestras que llevan el grano del odio al hormiguero humano; engrandecen los estados con los despojos de la libertad de los hombres.

La piara de cerdos que se alimentó siempre del residuo de los pueblos, fué incapaz de triturar con sus mandíbulas a esas libélulas del ideal que se levantaran sobre ella para delatar sus crímenes a la humanidad de todos los tiempos.

La acefalía de carácter y de sentimiento son condiciones indispensables para medrad. El que hace de sus semejantes esclavos, tiene asegurado el triunfo; las espaldas maceradas de las multitudes fueron el único camino accesible que encontraron los que busengrandecimiento personal y

encontraron en el égido del oro los mercenarios que harían de sus sentimientos vesánicos el ánfora de sus virtudes.

La conquista del oro es el único sueño de los que carecen del gesto varonil de los rebeldes; son almas cobardes que sólo tienen ascendiente entre multitudes que la esclavitud hizo estériles, y cuya castración intelectual perpetúa el reinado de la opulencia y engendra bíperos que se lactarán más tarde de la savia de los pueblos.

La humanidad succionada ensaya levantarse del lecho doloroso; carece de fuerzas para estrangular las cabezas de hidra, pero la mira con esa indiferencia mortal con que se mira a todos los hídolos que van hacia el crepúsculo.

La indiferencia es el lastre que circunscribe a lo más ínfimo la acción demoledora del rebelde; es una propiedad de la ignorancia y el vitalismo de los rebaños.

Fuera de la indiferencia, la vida es un combate perpetuo librado en un mundo de horizontes infinitos donde todos los triunfos no son más que miserables granos de arena frente a los aluviones furentes de los siglos venideros.

El camino más rápido del combate fué de aquellos hombres que vivieron al márgen de la época que los vió nacer; se ocuparon de ella para presentar a la luz meridiana las lacras que tiene cubiertas con símbolos y vocablos convencionales.

El verbo es más destructor que la dinamita; los dioses fueron eclipsados por la palabra y expulsados del corazón de los que se prosternaron ante ellos.

El dios oro cae hoy sobre los brazos de sus idólatras, herido mortalmente por los arqueros de la palabra.

El verbo alumbrará al mundo como ayer lo sumió en la obscuridad la idolatría.

Los pueblos en marcha hacia la libertad no miran el fulgor cálido de las pragmáticas, ni a los dioses insensibles cuya mriada frígida los hacia inaccesibles a la conmiseración.

La palabra eclipsó a los dioses de la leyenda antigua; la palabra y la revolución eclipsarán también el reinado del dios de nuestros días, elevado sobre las cenizas de los viejos ídolos: el **dios oro**.

Fernando Golt.

NUESTRA PRENSA

Nuesra prensa, la prensa anarquista viene atravesando un período de crisis tal, que sólo encuentra comparación con aquellos que vivió en los peores años de represión.

No pensamos encarar este problema de una manera que resulte grata a los oídos de todos. Antes al contrario, tal vez seamos un poco duros al referirnos a la parte de responsabilidad que nos toca a todos en este asunto. Por otra parte no creemos que la mejor forma de resolver esta cuestión esté en tratarla en términos melosos o llenos de lamentaciones sentimentales. Por encima de todo eufemismo hay una cosa que se impone con toda su crudeza, con toda su realidad; hay un problema que exige la atención de los anarquistas, y ese problema está contenido en la situación afligente porque atraviesa nuestra prensa. Esto es lo que comprobamos y esto es lo que debemos resolver dejando de lado las lamentaciones que además de no solucionar nada, nos colocarían en una situación de ridículo e impotencia.

Entre anarquistas está demás que se usen exhortaciones más o menos sentimentales. Por eso hemos dicho que no pensamos encarar esta cuestión de otra manera que no sea la que debe usarse tratándose de cosas que sólo están llamados a solucioner los anarquistas. Porque debe tenerse presente que para resolver el caso que nos ocupa sólo debemos contar con nuestras propias fuerzas. Se trata de un asunto que a nadie puede interesar sino a aquellos que directamente les incumbe. Más claro: se ha planteado un problema en nuestra casa y ese problema debe ser resuelto por los que en la casa habitamos.

El diario "La Protesta" ha hecho un llamado a la atención de la colectividad que lo sostiene y lo propaga, y ese llamado debe encontrar eco en la conciencia de cada uno de nosotros. La colectividad anarquista de esta región que ha tenido oportunidad de demostrar en mil ocasiones hasta donde es capaz de llegar en su esfuerzo solidario; esta colectividad que ha puesto de manifiesto infinidad de veces cuanto es capaz de realizar cuando se trata de acudir con el óbolo de cada uno a solucionar situaciones afligentes, no puede desoir en esta emergencia el llamado que se le hace desde de la más autorizada tribuna del anarquismo regional.

Sin que nos guíe el propósito de satitsfacer estúpidas vanidades y sin que ello signifique un arrepentimiento por parte nuestra, podemos decir que en lo tocante a la práctica del principio solidario nuestra colectividad ha sido siempre, sino más que las de otros países, por lo menos tan pródiga como la que más. Ha bastado que un simple indicio nos hiciera conocer la situación afligente de la propaganda en cualquier país, para que de inmediato acudiéramos con la modestia de nuestro esfuerzo. Y, recuerden los compañeros, no es la primera vez que nuestra prodigalidad ha llegado hasta el extremo de aliviar situaciones de ciertos elementos que luego resultaron ser adversarios de nuestras cosas. Recuérdese la ayuda prestada a aquel célebre Mondaca, delegado de la I. W. W. de Chile ante el primer congreso de la A. I. T., y recuérdese la obra que en detrimento de nuestras cosas realizó posteriormente aquel delegado. Como éste, podríamos citar unos cuantos casos que no harían más que corroborar lo que venimos afirmando.

Repetimos que no hacemos alusión a todo esto con el ánimo de cantar alabanzas o manifestar arrepentimiento por cosas que hemos realizado con fines y obedeciendo a impulsos más nobles y superiores que los que pueden caber en la órbita de la vanidad. Sólo queremos significar que una colectividad que tiene tal interpretación del principio solidario no puede dejar de manifestarse en esta emergencia en que son las cosas de nuestra propia casa las que reclaman el esfuerzo de todos.

Nadie que conozca de cerca nuestras cosas; ninguno de los que se hayan preocupado en observar la marcha y la obra que viene desarrollando "La Protesta", ninguno de nosotros, decimos, podemos sentirnos extrañados ante la situación en que se encuentra el diario. Y decimos que nadie puede extrañarse porque, quien más quien menos, todos hemos contribuído un poquito a crear esta situación a nuestro diario. Nos pareció que nunca llegaría un momento crítico. El engrandecimiento de la imprenta, la adquisición de nuevas máquinas, la creación de la Editorial, etc., nos hizo creer que ya no había que pensar en la posibilidad de que llegara un momento de peligro para el diario. Y, lo que es peor, no sólo dejamos de pensar en ésto, sino que hemos llegado a un momento en que somos pocos los que desde el seno de los sindicatos o agrupaciones no seamos deudores de "La Protesta". Esto es tan cierto que nos atrevemos a decir que con sólo pagar lo que por una u otra cosa debemos a la imprenta, habría suficiente para solucionar la crisis del diario y todavía quedaría un sobrante que alcanzaría para comprar otra máquina.

Es menester, pues, que nos preocupemos por salvar esta situación que, como hemos dicho, un poquito cada uno, todos hemos contribuído a crear.

"La Protesta" tiene derecho y razón para apelar a la conciencia colectiva, al espíritu solidario de los anarquistas, en todo momento que se encuentre falta de medios; pero "La Protesta", en este caso, tiene a su favor un doble derecho y una doble razón: somos unos tramposos.

En fin; por solidaridad con nuestras propias cosas, por la honradez que debemos observar en le pago de las deudas que contraemos con nosotros mismos o por lo que queráis, lo cierto es que debemos salvar la situación del diario. A interesarse, pues.

Los partidos políticos autoritarios y el proletariado

II

Los trabajadores que confían la causa de su emancipación al Estado o al partido político autoritario, se traicionan a sí mismos y remachan más y más las cadenas de su propia esclavitud. Los partidos políticos autoritarios, todos sin excepción alguna, desde el pseudo revolucionario que mancilla y enloda los ideales del comunismo rotulándose "partido comunista", hasta el partido político ultra conservador, todos ellos se identifican en un propósito común: apoderarse del poder del Estado; y lo más notorio es que, (esto debiera aleccionar al proletariado), una vez dueños del Estado, todos ellos, a pesar del programa y del color político con que engañan a los trabajadores, todos ellos repito, convergen a un mismo objetivo: sostener y defender a sangre y fuego los privilegos morales, políticos y económicos que el Estado encarna, representa y genera.

Pero, se dirán muchos de los trabajadores ingenuos que militan en los partidos políticos autoritarios: ¿contra quiénes ejerce el Estado esos privilegios? Pues contra quiénes ha de ser, babiecas, sino contra vosotros los trabajadores, los que creáis las riquezas sociales que otros hombres que ni siquiera movieron una paja, gracias al poder del Estado, pueden ellos monopolizarlo y usufructuarlo todo en provecho de sus particulares intereses; intereses que son los que constituyen los privilegios en que se fundamenta el Estado. Esto es tan clarito que hay que ser muy bobo para no comprenderlo. Sin embargo, existen muchos obreros embobados por la cháchara de los gualamajes de los partidos políticos, que no alcanzan a verlo. Creen, los infelices que la dictadura del proletariado o el Estado del proletariado... es diferente a los otros Estados; es decir, el privilegio (porque el Estado es el privilegio) está en manos (según la nueva creencia de los esclavos voluntarios) del proletariado. Pero ¿contra quiénese ejerce el "proletariado" esos privilegios políticos, económicos, etc? Debe ser indudablemente contra los que no producen, esto es, contra los que no trabajan y viven de lo que el proletariado produce. ¡Esto si que es el parto de los montes! Pero dejemos a los ciegos y a los tuertos de entendimiento con su dictadura del "proletariado", y hablemos a los trabajadores que en realidad sufren las funestas consecuencias de los partidos políticos autoritarios que contribuyen a la defensa y al sostenimiento del Estado, y por ende, de la burguesía, porque aunque esto parezca paradójico, lo cierto, lo real, lo evidente, es que todos los partidos políticos autoritarios, desde el más rojo al más blanco, todos son perniciosos para la causa emancipadora del proletariado; y son perniciosos y contraproducentes, porque todos los partidos políticos, desde que ejercen el poder del Estado, desde ese instante y en virtud de ese solo hecho, se convierte (por razones de Estado) en el más encarnizado y feroz enemigo de la emancipación de los trabajadores. He ahí cómo esa parte del proletariado que milita en los partidos políticos autoritarios, traicionan la causa de su propia emancipación y contribuyen con su creencia y con su fe en el Estado, al sostenimiento y a la defensa del capitalismo inquisitorial.

Helios.

NOTAS DE LA PRISION

El carcelero

"Bendito sea el carcelero
que tiene buen corazón.
Yo sé que esta bendición
pocos pueden alcanzarla,
pues si tienen compasión,
su deber es ocultarla."

Martín FIERRO.

Aunque sea una herejía doctor Hernández, no podemos admitir que un carcelero tenga buen corazón. Participamos de la idea de que la profesión anula al hombre y pensamos que si al empezar su "carrera" el cancerbero siente algún resto de compasión por sus semejantes, presos, a fuerza de ocultarla, la pierde enteramente a poco andar. Es perfectamente incompatible con la función del llavero cualquier escrúpulo de conciencia; dos cosas que se repelen, que no ligan, como el agua y el aceite. Y no puede ser de otro modo, por muchas razones; una de las cuales es que ningún hombre de conciencia va a desempeñar función tan repugnante, y otra, que para esos empleos el gobierno procura encontrar sujetos que hayan perdido todo sentimiento humanitario. Esto es normal. Los canceberos están puestos ahí para cuidar a los presos, asegurarlos entre rejas y cerrojos, vigilar que no intenten fugarse; para dar parte a

sus superiores de cualquier falta de disciplina que cometan los reclusos; no haciéndoles más llevadera la vida de aquel infierno ni para suavizarles la dureza de los calabozos préstandole su capote al que no tiene "pilchas". Y pues que deben ejercer de verdugos, han de ser duros de conciencia y el dolor de sus semejantes ha de llegarles hasta la epidermis sin pasarla, como una flecha romana en el flanco de un elefante. Si no fuese así no durarian en un empleo; y, generalmente se ha observado que en el "gremio", casi todos llegan hasta el término de la jubilación y algunos mueren de viejos, haciendo perrerias en las prisiones Esos no han tenido necesidad de ocultar la compasión, porque jamás han sentido ese generoso impulso.

Hemos tratado a estos animales de la familia "lopus", y estamos en condiciones de afirmar, contrariando la opinión del buen maestro Hernandez, que todos ellos son capaces de todas las villanías inherentes al "oficio"; que todos cumplen fielmente con el deber que la sociedad les impone, y para lo cual el estado les paga lo suficiente como para que no se muera de hambre.

Esta categoria de esbirros se diferencia de casi todos sus similares, en que no es la fuerza su principal argumento; necesitan más de la argucia para cumplir su misión, y eso los hace aún más antipáticos a los hombres de conciencia. Todos ellos son hipócritas en el más alto grado; algunos hasta tratan de hermanos a los presos; pero jamás olvidan echar el cerrojo, cuando consiguen que el "hermano" entre al calabozo después de haberlos insultado y echado en cara su condición de cancerberos.

Dentro de los pabellones, es decir, cuando se tiene que mesclar con los presos llevan siempre la sonrisa en los labios y se hacen los sordos a toda indirecta y a veces hasta toleran las injurias que se le dijeron; pero, viles hasta toleran las injurias que se le dirijen; pero, viles hasta en la venganza, buscan un medio de hacerle dar un castigo al que los ha injuriado; sin aparecer, claro está, como causantes de tal castigo; por el contrario, están tan versados en las intrigas, que no es raro que el castigado les dé las gracias creyéndolos sus salvadores . . . . .

La intriga es su "sabiduria". Algunos no saben leer, pero todos son catedráticos en intrigas. A todos los presos los une la misma desgracia: pero sucede que rara vez hay unión entre ellos. Y esto se debe, casi siempre, a las intrigas de los canceberos. Ellos, como buenos políticos, saben que una población desunida es más fácil de gobernar; y siembran la intriga. Es por eso que tienen amigos y hasta guarda espalda entre los presos, aunque esto paresca exagerado.

Como todos los empleados del Estado, el cancebero es sobornable a cualquier precio. (La burocracia tiene, para alquilarse, diversas categorias; no habrá así para venderse: el más alto empleado se puede comprar con una insignificancia). Los pederastas, para practicar su repugnante vicio, compran diariamente al llavero de turno; otro tanto hacen los cocineros y aficionados al juego. De modo que la exigüidad del suelo es atenuada con el producto de los sobornos, lo mismo en la carcel que en todas las demás dependencias de la administración.

Nada hay de común entre un preso sensato y el cancebero. No pueden ser amigos, por ser netamente ricales. El uno es la libertad maniatada; el otro es la soga de las ataduras. El uno es la rebelión aherrojada, el otro es la reja y el cerrojo. El uno es el león enjaulado; el otro es la fusta del domador. Gato y perro . Dos enemigos irreconciliables, como la libertad y la ley, como el oceano y la roca; ¡eternamente en pugna!

Así como la idea de libertad no puede concebir que el hierro sea abarrotado carcelario, sino arado, así el hombre sensato no puede concebir al cancerbero, sin hacer exclusión del individuo hombre.

Cancerbero, barrote de carne y hueso que andas, que oyes, que miras y piensas, que tienes instinto y hasta inteligencia: por todo eso eres mil veces más despreciable que el hierro. ¡Ojalá no te conozcan mis hijos!

Héctor Marino.

—•O•—

La Deuda Heroica

Hay en le museo nacional de Florencia una estátua de mármol que Miguel Angel llamaba "El Vencedor", Es un joven desnudo, bello de cuerpo, con los cabellos rizados sobre la frente baja. De pié, derecho, afirma la rodilla sobre la espalda de un prisionero barbudo, que se inclina y tiende adelante la cabeza, como un buey. Pero el vencedor no lo mira. En el momento de herirlo se detiene, vuelve a otro lado la boca triste y los ojos indecisos. Su brazo se repliega hacia atrás y se aparta.

Esta imagen de la "Duda Heróica", esta Victoria con las alas quebradas que, única entre todas las obras de Miguel Angel, permaneció hasta su muerte en su taller de Florencia, y con la cual Volterne, su confidente, quería ornamentar su catafalco, representa a Miguel Angel mismo, es el símbolo más adecuado de toda su existencia.

Sus padecimientos fueron infinitos; tomaron todas lasformas. Ya fué la tiranía ciega de las cosas, la mesia, las enfermedades, las injusticias del destino, la maldad humana. Ya fué él mismo. Y no es entonces menos inmortal ni menos fatal; porque nadie elige su corazón ni solicita la vida tal como se la dan...

Este último sufrimiento fué el de Miguel Angel. Poseyó la fuerza, tuvo la dicha rara de poder luchar y vencer. Venció. ¿Pero qué? No quería la victoria. No era esa su ambición. ¡Tragedia de Hamlet! Contradicción dolorosa entre un genio heróico y una voluntad que no lo era, entre pasiones imperiosas y una voluntad que no quería.

No se espere que nosotros veamos en ella, a imitación de tantos otros, una grandeza más. Jamás diremos que es porque el hombre es demasiado grande por lo que el mundo no le basta. La inquietud espiritual no constituye un signo de grandeza. Toda falta de armonía entre el ser y las cosas, entre la vida y sus leyes, aún en los grandes hombres no procede de su grandeza: viene de su debilidad. ¿Por qué ocultar esta debilidad? Al contrario, es más digno de él, porque lo necesita más. No admiro las estátuas de los héroes inaccesibles. Odio el idealismo cobarde que aparta los ojos de las miserias humanas y de las caídas del alma. Es preciso decirlo en esta época demasiado sensible a las palabras sonoras: la mentira estóica es una cobardía. Hay un solo heroísmo en el mundo: ver el mundo tal como es, y amarlo.

El drama de Miguel Angel consiste en que ofrece la imagen de un sufrimiento innato, que le roe sin cesar y que no le abandonará ants de haberlo destruído. Es uno de los tipos más potentes de esta gran raza humana, que, desdehace diez y nueve siglos llena el Occidente con sus gritos de dolor y de fértil cristianismo.

Un día, en el porvenir, al extremo de los siglos (si se conserva aún la memoria de nuestro planeta), los que se inclinen sobre el abismo de esta raza desaparecida, como Dante al borde de Malebolge, la contemplamán con una mezcla de admiración, de horror y de piedad.

Pero, ¿quién la comprenderá mejor que nosotros, hijos de su angustia, que hemos visto retorcerse en ella a los seres más queridos; nosotros que hemos respirado. el olor acre y embriagador del pesimismo cristiano, y que a ciertas shoras hemos necesitado un esfuerzo para no ceder, como tantos, en los momentos de duda, al vértigo del Vacío Divino?

¡Dios, vida eterna! ¡Refugio de los que no pueden vivir aquí! ¡Fe que no eres con harta frecuencia sino una falta de fe en la vida, una falta de fe en el porvenir, una falta de fe en sí mismo, una falta de valor y alegría, ya sabemos de cuántas derrotas se compone tu famoso triunfo!

¡Y es por eso por lo que os amo, cristianos! ¡Porque os compadezco! Os compadezco y admiro vuestra melancolía. Entristecísteis el mundo, pero lo hicísteis más bello. El mundo se empobrecerá cuando vuestro dolor no exista. En esta mísera época de cobardes que claman ante el dolor y reclaman ruidosos su derecho a la felicidad, que no es con frecuencia sino el derecho a la desgracia ajena, osemos mirar el dolor cara a cara y venerarlo. ¡Loada esa alegría, loado ese dolor! Ambos son hremanos y santos. Son la fuerza, la vida, Dios. Quien no ama a los dos, no ama ni a la una ni al otro. ¡El que los ha gustado conoce el pasado de la vida y sabe la dulzura de renunciarla!

Romain Rolland.

(Del Suplemento de "La Protesta")

—•O•—

La indiferencia

Es verdaderamente lamentable el espíritu de sumisión hacia sus explotadores y la indiferencia hacia la organización que se manifiestan en la mayoría del proletariado de Avellaneda. Se diría que los trabajadores viven en el mejor de los mundos y que, por lo mismo, no tuvieran ya que preocuparse por obtener un mejoramiento en su vida. Tal es el marasmo en que se encuentra sumido el gran número de obreros que contribuye con su esfuerzo diario a mover las actividades de ese gran mundo fabril que es Avellaneda.

Centenares de personas de ambos sexos se ven desfilar a diario hacia esos antros de explotación, que no otra cosa son esos grandes establecimientos fabriles, sin que entre tantos de los que componen esa interminable caravana, se levante una voz siquiera que dé el indicio de un principio de rebeldía contra tanta injusticia.

No sabemos cuánto tardará todavía en darse cuenta esa gran masa de seres explotados, que la vida debe ser algo más amplia, más bella que lo que es para ellos en la actualidad. No sabemos cuando llegarán a comprender que hay necesidad de romper la monotonía miserable de esa vida, para lanzarse en procura de algo que esté más acorde con la justicia y el bienestar.

Trabajar como bestias por lo que les den y bajo el severo control de amos y capataces; esto durante los días de semana, y en las fiestas y domingos concurrir a pervertirse en tabernas, bailes o canchas de football; he ahí a que se reduce toda la vida de esos infelices que forman el grueso de la masa proletaria.

Trabajadores; hombres, mujeres y niños: reparad que sois víctimas de una explotación desenfrenada por parte de vuestros amos. Ha llegado el momento de que pongáis fin a tanta injusticia como se comete con vosotros, y para ello es menester que concurrais a engrosar las sociedades de resistencia, desde las cuales os será fácil hacer frente a vuestros tiranos e ir preparando el advenimiento de un mundo de igualdad y libertad para todos.

—•O•—

Cosas muertas

Art. 14. — Todos los habitantes de la nación gozan de los siguientes derechos... de publicar sus ideas por la prensa sin censura previa;

Art. 16 — Todos sus habitantes son iguales ante la ley...

Art. 32. — El Congreso Federal no dictará leyes que restrinjan la libertad de imprenta, o establezcan sobre ella la jurisdicción federal.

Art. 18. — ..... quedan abolidas para siempre la pena de muerte, por causas políticas. **toda especie de tormentos y los azotes.** Las cárceles de la nación serán sanas y limpias para seguridad y no para castigo de los reos detenidos en ellas, y toda medida que a pretexto de precaución, conduzca a mortificarlos más allá de lo que aquella exija, hará responsable al juez que lo autorice.

"Constitución de la Nación Argentina".

—•O•—

Motivos de las fabricas

¿Qué podremos decir nosotros de las fábricas, sino lo que estamos viendo todos los días?

El dolor de las obreras, de esa enorme falange de proletarias, que desfilan ante nuestra vista, con la amargura pintada en sus rostros juveniles, donde se refleja la protesta muda de la esperanza nunca realizada.

Nosotros quisiéramos que estas palabras fueran motivo de reflexión, para todas las que se ganan el pan de todos los días, con el sudor de su frente.

Las poleas, el chirriar de las máquinas y la atmósfera impregnada del olor desagradable del fósforo, indujeran a esas hermanas mías, a pensar en la conquista moral y material de lo que es para nosotros la lucha social.

Nosotros decimos reflexionar, y no puede ser de otra manera, al ver en estas mañanas de frio a esas obreritas qce sin haber aclarado el día, se dirijen a las fabricas; a ese antro de tortura física, donde su juventud se desgasta como los mismos engranajes que allas mismas dirijen.

La producción se realiza en gran escala; dejando que los patrones realizen grandes dividendos: que las fábricas, año por año, vayan ensanchándose y las obreras, dia a día, sufran las inclemencias del tiempo y las amarguras de la miseria, y muchas veces el pan que llevan a su boca no satisface a sus débiles estómagos; y sus cuerpos, ateridos de frío, no puedan cubrirse con ningún abrigo, por que siempre es escaso el jornal que ganan, para poder remediar las más apremiantes necesidades de su hogar.

Mucho tenemos que hablar de estos "motivos de las fábricas", pero debido al poco espacio que disponemos en esta hoja, los iremos diciendo en los próximos números; por que creo que interesa a todos los que viven del trabajo, los que ansian romper la cadena que los tiene sumido en la explotacadena que los tiene sumidos en la explotación de las fábricas y talleres. Los que esperamos que las iniquidades de este régimen desaparezcan, dando paso a los albores de una sociedad que haga a los seres humanos felices en la unión de los pueblos.

ARMONIA.

F. O. P. de Buenos Aires

(Adherida a la F. O. R. A.)

TEORIA Y PRACTICA DEL MOVIMIENTO OBRERO

A fuerza de particularizar la propaganda anarquista y de colocar las ideas en un lugar inaccesible para el común de las inteligencias, hay compañeros que llegaron a suponer que el anarquismo es algo así como el privilegio de unos pocos: de los más selectos de la intelectualidad proletaria, que generalmente muy poco contacto mantienen con el proletariado. Descubrimos en ese concepto particularista un remedo de individualismo, ya que hacer de la ideología libertaria — que es sentimiento y acción — un dogma intelectualista o cerebralista que no pueden interpretar las inteligencias medianas, supone de hecho el mantenimiento de una capilla dogmática que muy poco se interesa por las luchas de la clase trabajadora.

Si se considera al proletariado, por sus condiciones económicas y por su situación de permanente sujeción al yugo del salario, colocado en el camino del anarquismo; si aceptamos que las masas están instintivamente en el terreno de la revolución y sus luchas tienden a concretar fines sociales superiores a la conquista de mejoras económicas; si, por ese mismo convencimiento del valor de nuestra propaganda en el movimiento obrero, llegamos a la conclusión de que los anarquistas somos los principales animadores de la energía popular exteriorizada en repetidos intentos subversivos, ¿cómo es posible que nos detengamos aun a discutir si el anarquismo es privilegio de unos pocos o concreta en cambio anhelos y aspiraciones colectivas?

Un anarquismo intelectualista, que teme entrar en contacto con la masa obrera, o a lo sumo se acerca al proletariado para recordarle su pequeñez intelectual, no es, no puede ser el compendio de las teorías sociales anarquistas. La anarquía no es una bella abstracción filosófica, sin contenido real en las luchas del presente; es, más que nada, un sentimiento de libertad y justicia, una aspiración de futuro que "sienten" los trabajadores aún cuando la mayoría no sepa expresarla... Y ahí está precisamente el valor de nuestras ideas: la verdadera potencia espiritual del anarquismo.

Los teóricos del anarquismo — nos referimos a los que no conocen las prácticas del movimiento obrero y no llegaron a identificarse con las luchas y aspiraciones del proletariado — emplean dos métodos distintos para juzgar los problemas sociales. Sin rechazar por completo la organización sindical, reducen las funciones del sindicato a sus objetivos más inmediatos: la conquista de un mayor salario. De acuerdo con esa concepción clasista, el movimiento obrero no saldría nunca del círculo económico y estaría condenado a seguir todas las alternativas del desarrollo industrial y a girar en el círculo vicioso del capitalismo. Limitada la acción de los trabajadores a esa precaria lucha de clases, reducidos los sindicatos a esa inútil función corporativista, claro está que los anarquistas deban buscar fuera del movimiento obrero el complemento de sus luchas. Y el anarquismo teórico ofrece una organización propia, específica, que no sólo no plantea los problemas sociales, en forma distinta al sindicalismo, sino que también incurre en los mismos errores de la organización económica del trabajo.

Todos los ensayos del anarquismo partidista — organizado en partido "político", al margen o por encima del movimiento obrero — fracasaron lamentablemente. El fracaso de esas tentativas de particularización de un movimiento de ideas ineludiblemente ligado al problema económico, se debió a la carencia de un método "propio" que señalara la pretendida diferencia entre los trabajadores organizados y los anarquistas. Como los antagonismos reales están en las ideas y no en los sistemas de organización (que son siempre una consecuencia de aquellas), los "partidos" anarquistas o bien quedaron reducidos a pequeños grupos doctrinarios sin influencia alguna en la masa trabajadora, o se confundieron con el movimiento obrero, prestándose al juego de los sindicalistas y olvidando los principios libertarios y la posición intransigente de los anarquistas frente a las corporaciones dominadas por los marxistas y obsecuentes con la práctica reformista de la social-democracia.

El ejemplo de esa desviación y olvido de las ideas nos lo ofrece el anarquismo europeo. Por dos caminos distintos, los anarquistas de los países donde más poderosa era la influencia ade nuestras ideas, llegaron al mismo punto negativo frente al movimiento obrero. La tendencia individualista antiorganizadora (una atenuación del individualismo intelectualista), llevó a los anarquistas de Italia y de Francia al extremo de la cuestión social, quedando fuera del campo de agitación y de la lucha del proletariado. Y el exceso de sindicalismo, que significó en estos últimos años el más completo olvido de las ideas, corrompió en España el movimiento anarquista, eliminando de las prácticas gremiales la influencia de la ideología libertaria y reduciendo el campo de acción de los anarquistas a la lucha por el salario.

Para explicarnos ese fenómeno debemos tener principalmente en cuenta las orientaciones que los anarquistas de Europa siguieron en el movimiento obrero. El error, según nuestra manera de ver, parte de la táctica antiorganizadora de unos y de la concepción sindicalista de otros. Colocarse fuera del movimiento obrero con la pretensión de orientarlo en los períodos normales y de dirigirlo en un trance revolucionario, significa convertir el anarquismo en una concepción política. — Y de nada sirve que se declare previamente que el anarquismo no quiere dirigir políticamente a los trabajadores, ya que otra cosa no supone esa pretensión de orientar desde afuera a los sindicatos obreros. — Intervenir en el sindicalismo como componentes de una clase "necesariamente" enemiga de otra clase, obrando en los conflictos económicos como simples asalariados que sólo persiguen un fin de mejoramiento en sus condiciones materiales, importa a la vez una negación de las ideas, un desconocimiento del factor moral que obra como determinante en las acciones de los pueblos y va creando en la conciencia colectiva la noción de una nueva vida y de un nuevo derecho.

He ahí, pues, el obstáculo del anarquismo. La falta de armonía entre la teoría y la práctica del movimiento obrero, la ausencia de un método para integrar las diversas manifestaciones de la propaganda anarquista es la causa de repetidos fracasos. Si la posición de los anarquistas en los sindicatos estuviera asegurada con un concepto claro de lo que el sindicalismo vale y representa como medio de acción y de lo que las ideas pueden aportar a la orientación del movimiento obrero, serían difíciles, sino imposibles, las contínuas desviaciones del proletariado. Pero tanto los antiorganizadores como los anarco-sindicalistas (anarquistas en el grupo doctrinario y sindicalistas en el gremio), se despreocupan de la orientación de los trabajadores, rechazando los primeros por completo todo contacto con la masa y entregándose los segundos al imperativo de las necesidades económicas, que más que necesidades reales son muchas veces el efecto de una degeneración del mismo sindicalismo o la consecuencia de prácticas que crean artificiosos intereses conservadores.

Nosotros podemos basar esta crítica en la realidad de nuestro movimiento. Sin que cometamos la torpeza de creernos en la verdadera huella del anarquismo, podemos sin embargo sostener que la táctica seguida en los sindicatos nos permitió conservar la ideología anarquista frente a todas las desviaciones y contra todos los reformismos infiltrados en las organizaciones proletarias. La teoría y la práctica del movimiento obrero se armonizan perfectamente en la F. O. R. A., que no es un "partido" anarquista ni una organización sindicalista: es, más que nada, la concreción de nuestras ideas y de nuestras aspiraciones llevadas al servicio de la emancipación integral del proletariado.

Porque no nos encastillamos en principios metafísicos, inaccesibles a la inteligencia de los obreros, y porque no hacemos tampoco concesiones a los que basan en la realidad el fin de todas sus aspiraciones, los anarquistas de la Argentina podemos reivindicar como nuestra una organización obrera. Y la F. O. R. A. no es de hoy, obra de una improvisación caprichosa o el resultado de una posición circunstancial frente a los políticos marxistas y a los profesionales del sindicalismo; cuenta con más de veinte años de existencia y su historia es la historia de todas las luchas sostenidas por los trabajadores de este país frente al capitalismo y al Estado.

A esa clara posición del anarquismo de la Argentina, que no se niega como fuerza actuante en las luchas del trabajo ni se substrae a la responsabilidad de sus orientaciones, se debe que haya sido relativamente fácil destruir en el movimiento obrero la ilusión bolchevique y aclarar el confusionismo introducido en las finas anarquistas por los agentes de Moscú. La F. O. R. A. fué la primera organización obrera que rechazó el camelo comunista. Y es también la que toma la iniciativa de oriental al anarquismo en el sentido de conservar su influencia en el movimiento obrero, sin transigir con los políticos de la dictadura y con los sindicalistas neutros que reclaman todo el poder para los sindicatos y pretenden mantener en pié todas las ficciones unitarias y materialistas del marxismo.

El anarquismo europeo terminará por orientarse en este sentido, pues las mismas circunstancias obligarán a los compañeros a definir su posición frente a las tendencias que desvirtúan la acción gremial de los trabajadores.

Emilio L. Arango.

COMUNICADOS

F. O. Provincial de Bs. Aires, adherida a la F. O. R. A.

Panorama del momento

No faltan en esta tierra los que atribuyen la desorganización existente en la hora actual, a los principios que los anarquistas quieren sostener en la organización obrera. Nada más lejos de la verdad. El hecho es mundial y por lo tanto, queda destruída esa acusación que en el fondo no encierra más que una manifiesta ambigüedad de parte de los que sostienen ese erróneo concepto.

Si alguna cosa hay que nos cause repugnancia, es, precisamente, esa pretensión de quienes hablan de emancipación de los esclavos asalariados y no quieren hablar en el Sindicato de lo que han de hacer los obreros para llegar a su emancipación verdadera. Más que una idea de mejoramiento económico, la F. O. R. A. desea inculcar ideas de redención: hacer obreros rebeldes, no despreciando por eso esa lucha diaria que da al proletariado una equivalencia en pequeñ aescala, del salario que percibe por lo que ha de pagar por lo que le hace falta para el propio sustento, etc.

No es en el círculo vicioso de la lucha económica frente a la burguesía qu ehe mos de hacer girar el movimiento obrero.

Eso sería unirlo al carro de explotación eterna y dar vuelta lrededor de la noria para regar eternamente la huerta del amo.

La F. O. R. A. no quiere eso, y como no lo quiere, no lo acepta ni lo aconseja, porque la experiencia nos ha mostrado que no es posible, sin transformar la moral de los hombres, se opere una transformación en la sociedad.

COMUNICADO

Teniendo en cuenta este Consejo la necesidad que hay en estos momentos de agitar el ambiente en pro de una vasta campaña de protesta contra la reacción internacional, y especialmente contra la sangrienta represión que en estos momentos pesa sobre el proletariado chileno, solicita de los compañeros de Talleres, Lomas de Zamora, Bernal, Quilmes, Berazategui y La Plata, que estén dispuestos a cooperar con este Consejo en una obra de conjunto en ese sentido, se pongan en relación con el mismo a los efectos de coordinar opiniones para llevar a cabo una serie de actos en las localidades precitadas.

El Consejo hace este llamado a los compañeros, teniendo en cuenta que en las localidades citadas, a pesar de no existir organización en algunas de ellas,y en las otras estar ésta decaída, sabemos que hay compañeros anarquistas, y con la cooperación de éstos y este consejo, donde no haya organización, y en conjunto con aquélla y este consejo donde exista, se podrá llevar a cabo una campaña de más vastas proporciones, que será, a la vez que de protesta contra la reacción, de provecho para la organización y reorganización del proletariado de esas localidades.

En la seguridad que los compañeros interpretarán la necesidad del momento y obrarán en consecuencia, los saluda fraternalmente.—EL CONSEJO.

OBREROS PANADEROS

(Bahía Blanca) ......

Avisamos a todos los camaradas e instituciones que sostienen correspondencia con este sindicato, que lo hagan a nombre del nuevo secretario Francisco Carreri, calle Saavedra 804.

LA COMISION.